

¡Y cómo comprender también que se hayan revelado tanto contra el dogma católico de las indulgencias, que no son otra cosa que una aplicacion más ó menos estendida de los méritos de Jesucristo, hecha por la Iglesia en virtud de las leyes de la reversibilidad y de la substitucion, con la condicion de que cooperemos á la obra de Jesucristo por alguna buena obra! (Imitado del abaté de Berseaux en su *Ciencia sagrada*.)

*Capítulo trigésimo primero.*—**La presencia real del cuerpo y sangre de Jesucristo bajo las especies de pan y de vino.**—Es el más espantoso de los misterios, porque parece presentar al espíritu tres grandes imposibilidades: 1.ª La transubstanciacion ó la conversion de la sustancia del pan y del vino en la sustancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo; 2.ª la presencia ó la concentracion, bajo el volúmen de una molécula de pan y de vino, del cuerpo y de la sangre entera de Jesucristo; 3.ª la persistencia de los accidentes interiores y exteriores, visibles ó invisibles, aparentes ó no aparentes, de la sustancia del pan y del vino, despues que ha sido convertida en el cuerpo y la sangre de Jesucristo; 4.ª la presencia del cuerpo de Jesucristo en la hostia entera, y en cada una de sus partes separadas ó moléculas; 5.ª en fin, la multilocacion del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, ó sea su presencia simultánea, bajo cada una de las moléculas del pan y del vino, y en los lugares más distantes. Pero, de una parte, estas imposibilidades sólo lo son en el espíritu humano necesariamente limitado; de otra, los progresos modernos de las ciencias, lejos de confirmarlas, las hacen desvanecer más y más cada día.

Lo desconocido es el misterio con todas sus imposibilidades; lo conocido está fundado sobre el testimonio divino de Jesucristo y la declaracion infalible de su santa Iglesia, la presencia real del cuerpo y la sangre de Jesucristo, con transubstanciacion, con concentracion, con persistencia de los accidentes ó apariencias del pan y del

vino, con fragmentacion de las especies sin fragmentacion del cuerpo y sangre de Jesucristo, con disimulacion completa de los accidentes, apariencias ó propiedades del cuerpo y sangre de Jesucristo, con multilocacion, etc., etc. En otros términos, lo desconocido es: 1.ª la esencia de la materia, la esencia del cuerpo ó lo que constituye su sustancia propia, la molécula, ó lo que es tal que, cuando se le tiene, se posee la sustancia del cuerpo todo entero, que cuando se tiene sólo una parte, la sustancia del cuerpo no está en su integridad; 2.ª la naturaleza real de los accidentes, especies, propiedades y apariencias de la materia y de los cuerpos; 3.ª los diversos estados bajo los cuales puede existir un cuerpo en sí mismo, ó relativamente al tiempo, lugar, etc., etc. Pues bien, todas estas cosas son, segun confesion de los más sabios, incógnitas, misterios inaccesibles, impenetrables; luego seria absurdo argüir de estas incógnitas y de estos misterios para poner en duda el hecho incontestablemente revelado y divino de la presencia real. Al contrario, la sana razon nos obliga á concluir de los hechos revelados é incontestables de la Eucaristia á la naturaleza verdadera, aunque inaccesible en la apariencia, de la materia y de los cuerpos. Luego: I. Es de la esencia de un cuerpo que pueda, ayudando el milagro, encontrarse en estados muy diferentes; estado natural ó material; estado de cuerpo glorificado, espiritualizado, participando en alguna suerte de las cualidades de los espíritus. II. Luego la sustancia de un cuerpo vivo puede ser concentrada en un espacio en alguna manera indivisible. III. Luego un cuerpo puede estar realmente presente sin su amplitud natural y sin sus accidentes ó propiedades específicas. IV. Luego los accidentes de un cuerpo pueden ser fragmentados, y sus cualidades específicas pueden dejar de ser, sin que el cuerpo deje de estar todo entero en cada uno de sus fragmentos. V. Luego la multilocacion nada tiene de absurdo ó de imposible, y un cuerpo puede existir en un número cualquiera de lugares á la vez.

Añado que si escuchásemos el buen sentido, veríamos, en estas cinco nuevas propiedades de la materia y de los cuerpos, conquistas imprevistas, que la razón y la ciencia deberían agradecer muchísimo á la Revolución, tanto más que los progresos incesantes de la razón y de la ciencia las justifican ya casi plenamente ó tienden á justificarlas más y más.

Esto es lo que vamos á demostrar muy brevemente despues que hayamos pedido á la Revelacion, á la santa Escritura, á la tradicion, á la enseñanza infalible de la Iglesia católica, apostólica, romana, pruebas irrefragables de la presencia real, bajo las especies eucarísticas, del cuerpo, de la sangre, del alma, de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

*Promesa de la divina Eucaristía.*—JUAN, C. VI: «Vuestros padres comieron el maná en el desierto; pero en verdad, en verdad os digo, Moisés no les dió el verdadero pan del cielo. Mi Padre dá únicamente el verdadero pan del cielo, porque el verdadero pan del cielo, ES EL QUE HA DESCENDIDO DEL CIELO, Y EL QUE DÁ LA VIDA AL MUNDO.—SEÑOR, dadnos de este pan.—Yo soy este pan bajado del cielo... De tal suerte que el que coma de este pan no morirá. Vivirá eternamente... Y EL PAN QUE DARÉ ES MI CARNE QUE DEBO ENTREGAR POR LA VIDA DEL MUNDO.—¿Cómo este hombre podrá darnos á comer su carne?—En verdad, en verdad os digo, SINO COMERIS LA CARNE DEL HIJO DEL HOMRRE Y NO BEBIEREIS SU SANGRE, NO TENDREIS LA VIDA EN VOSOTROS... PORQUE MI CARNE ES VERDADERAMENTE UN ALIMENTO Y MI SANGRE UNA BEBIDA. Aquel que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Así como el Padre que me ha enviado es la misma vida, y yo por Él tengo la vida, así tambien EL QUE ME COMA tendrá la vida por mí.—ESTA PALABRA ES DEMASIADO DURA y ¿QUIÉN PODRIA ACEPTARLA? Muchos se retiraron y no fueron de allí en adelante con Él.—Jesús dice á los doce: Y vosotros, ¿quereis tambien abandonarme?—Señor, esclama Pedro, ¿á quién iríamos? Tú tienes las palabras de la vida eterna... Nosotros hemos creído, y

hemos conocido que eres el Cristo, Hijo de Dios...» Nosotros preguntamos á todo espíritu razonable y no prevenido; si se hubiese tratado no de la presencia real, no de comer su cuerpo y de beber su sangre, sino de comunicar solamente por Él con un símbolo de su cuerpo y sangre, Jesucristo, la honradez y la verdad infinitas, que tenia una sed ardiente de la salvacion de las almas, ¿no se hubiera apresurado á disipar el escándalo causado por sus afirmaciones, á borrar la impresion irritante de una comida carnal que se habia apoderado de todos los espíritus? ¿Hubiera dejado alejarse y abandonarle para siempre á muchos discípulos, cuyo solo error ó única falta habia sido tomar demasiado al pié de la letra que mata sus misteriosas palabras? Luego, tratábase en esta promesa de la presencia real, de la comida real de su carne espiritualizada, sacramentada.

*Institucion de la divina Eucaristía.*—«Sabido Jesús que habia llegado la hora de que pasase de este mundo á su Padre, como habia amado á los suyos, los amó hasta el fin, hasta el exceso. Levantándose de la mesa, despojóse de sus vestidos, y habiendo ceñido sus lomos con un lienzo, puso agua en un lebrillo y comenzó á lavar los piés á sus apóstoles. Cuando acabó, tomó sus vestidos y volvió á la mesa... «Mientras comian, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y lo dió á sus discípulos diciendo: Tomad y comed, ESTE ES MI CUERPO, que será entregado por vosotros. Haced esto en memoria mia... Del mismo modo, tomando la copa, dió gracias á Dios y se la dió diciendo: Bebed todos, ESTA ES MI SANGRE, la sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos, en remision de los pecados.»

Jesucristo habia dicho: «El pan que daré es mi carne que entregaré por la salvacion del mundo; el que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida en él: porque mi carne es verdaderamente un alimento y mi sangre es verdaderamente una bebida.» Y lo que habia prometido Jesucristo lo realizó. «TOMAD Y COMED, ESTE ES MI CUERPO! ¡TOMAD Y BEBED, ESTA ES MI SANGRE!...»

Evidentemente el contexto, la energía de las espresiones, la claridad de cada una de las palabras tomadas separadamente ó en su conjunto, apartan toda idea, toda posibilidad, toda alusión á una metáfora, á un símbolo, á una figura, á una imagen sin la realidad. Melancton decia: «¡Estas palabras son brillantes como la luz del rayo! El espíritu aterrorizado nada tiene que objetarles.»

¡Y esta revelacion hecha directamente á san Pablo por el Señor Jesús! «La noche misma que debía ser entregado, tomó pan, lo partió, y dando gracias á Dios, dijo á sus discípulos: Tomad y comed, este es mi cuerpo que será entregado por vosotros..... Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre... Todas las veces que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor.» Cualquiera que coma este pan ó beba este cáliz indignamente, será culpable de la profanacion del cuerpo y de la sangre de Jesucristo... come y bebe su juicio, no haciendo discernimiento del cuerpo del Señor.» Estas palabras evidentemente sólo tienen sentido, siendo la Eucaristía una realidad viva y divina. De este modo han sido comprendidos el Evangelio y san Pablo por la tradicion toda entera y por la santa Iglesia católica, apostólica, romana, reunida en concilios generales ó particulares, y á la cual únicamente pertenece definir el sentido verdadero de las divinas Escrituras y de la tradicion.

El concilio de Reims, en el siglo xi, impuso á Berenguer, que fué el primero que infirmó el dogma de la presencia real, esta fórmula de fe: «Creo de corazon y confieso de boca, que, por la fuerza de las palabras de la consagracion, el pan y el vino que están sobre el altar son convertidos substancialmente en la carne propia y vivificante y en la sangre de Jesucristo. Creo que, despues de la consagracion, es el verdadero cuerpo de Jesucristo, nacido de la Virgen María, ofrecido sobre la cruz por la salvacion del mundo, y está sentado á la diestra del Padre; que es su verdadera sangre salida de su costado; y que todos estos misterios no son solamente señales, sino que exis-

ten en propiedad de naturaleza y en verdad de substancia.» Y el santo concilio de Trento: «Si álguien negare que en el sacramento de la Eucaristía estén contenidos verdadera, real y substancialmente, el cuerpo y la sangre de Jesucristo, con su alma y su divinidad..... Si álguien pretendiere que en este sacramento el Salvador se encuentre solamente como en una señal, en una figura, ó por efectos maravillosos, sea anatema.» (Sesion XIII, cap. XIV, decreto 1.)

«El dogma de la presencia real, decia Leibnitz, aunque protestante, ha sido siempre admitido por la antigüedad cristiana. Salvo los reformados, la unanimidad de las Iglesias es tal sobre este punto, y tan perfectamente establecida, ó más bien afirmada, que jamás se podrá demostrar nada contra este género de verdades.»

¡Y cómo admitir que, durante quince siglos, los más grandes santos, los más sabios doctores hayan podido desatinar sobre este punto tan capital, y adoptar tan monstruosas creencias! Porque, si la Eucaristía no es una verdad, es la más grosera de las idolatrias, el más vergonzoso de los fetichismos. Pretender que los Apóstoles, que los Ambrosios, los Agustines, los Gregorios, los Crisóstomos, los Tomases de Aquino, los Franciscos de Sales, los Bossuet, los Fenelon, se han engañado indignamente, sería equivalente á abjurar el cristianismo, y pretender que la humanidad ha sido el juguete, durante siglos, de la más estúpida truhanería. ¿Qué argumentacion, además, podría producir, sobre un espíritu que la incredulidad no ciega, un efecto comparable al espectáculo de un millon de pontífices sabios y venerables, de sacerdotes instruidos y piadosos, que, cayendo cada día de rodillas, elevan hácia el cielo, con sus puras manos, en un sentimiento profundo de adoracion y de amor, la hostia y el cáliz que las palabras santas han consagrado?

Mostremos ahora cuán grande es la armonía de los datos de la ciencia más avanzada con los datos y las exigencias eucarísticas.

1.º *Esencia de la materia.*—Lo hemos probado superabundantemente: cuantos más progresos hacen las ciencias de raciocinio y de observacion, más tienden invenciblemente á hacernos admitir que la materia, bajo cualquier forma que nos aparezca, se reduce, en último análisis, por doquiera y siempre, á átomos ó puntos inextensos, á mónadas sin dimensiones, perfectamente idénticas—las unas con las otras, inertes, esto es, incapaces, ya sea de darse ellas mismas el movimiento, ya de perderlo por sí mismas cuando lo han recibido.

2.º *La esencia ó la substancia de los cuerpos.*—Se tienen que distinguir en la materia y en los cuerpos tres cosas: el átomo ó los átomos, la molécula simple ó substancia de los cuerpos simples, la molécula compuesta ó substancia de los cuerpos compuestos, formada de la combinacion de dos ó muchas moléculas de cuerpos simples. Sentado esto, la substancia de un cuerpo cualquiera, lo que es tal que cuando se la tiene se tiene el cuerpo, que cuando sólo se tiene una parte de ella, no se tiene el cuerpo, es la molécula, resultado de la combinacion de un cierto número de átomos. si se trata de un cuerpo simple, de moléculas simples ó grupos de moléculas simples, si se trata de un cuerpo compuesto. Hemos admitido que la molécula ó substancia de los cuerpos simples, de los elementos, es, segun la expresion de Herschell, un artículo manufacturado, una verdadera creacion divina. Admitimos voluntariamente con la Escuela que está constituida por dos cosas, su MATERIA, los átomos de que está compuesta, que por sí mismos la dejarían indeterminada, y su FORMA, cierta cosa análoga á los espíritus, que la determina, que la limita, que la hace subsistir por sí misma, que la dá su supuesto. La molécula ó substancia de los cuerpos compuestos es el resultado, el producto de la combinacion de los cuerpos simples, bajo la accion ó el influjo de las fuerzas de la naturaleza. Es constituida también por su materia, que no es otra cosa que la de los componentes, y por su forma particular, individual.

La Escuela tomista pretende que, en el acto de la combinacion, las moléculas simples pierden su forma propia é individual. La Escuela escotista admite que las moléculas simples conservan su forma propia é individual, aunque informadas en su conjunto por la forma propia del compuesto. Cada uno de los dos sistemas tiene su probabilidad; pero el segundo es tal vez más probable, está más en armonía con los datos de las ciencias modernas, las que tienden á hacer admitir que las moléculas componentes conservan en la combinacion su individualidad y sus propiedades esenciales.

Se tiene que admitir además que los átomos ó las moléculas de los cuerpos tienen cierta actividad, ó sea lo que Faraday llamaba *centros de fuerza*. No pienso así; admito sin trabajo que todos los fenómenos de la naturaleza inorgánica se esplican por la materia y el movimiento ó por la materia en movimiento. En todo caso, la ciencia moderna está unánime en admitir con M. Dumas esta proposicion general: puédense considerar todos los fenómenos físicos y químicos como debidos á la accion de ciertas fuerzas aplicadas á mover moléculas de materia inerte por sí mismas.

La molécula ó la substancia del cuerpo no es de ningún modo lo que nos aparece en el cuerpo, no es la amplitud ó el volúmen, ni el color, ni el gusto, etc. La molécula de agua ó la substancia del agua no cambia de ningún modo con el estado del agua; es la misma en el agua sólida ó helada, que en la líquida, que en el agua en estado gaseoso. La molécula tiene una amplitud, un volúmen, pero este volúmen es infinitamente ó, mejor dicho, extremadamente pequeño, mucho más de todo lo que podamos imaginar. Muchos sabios creen haber probado que el número de moléculas contenidas en un milímetro cúbico de agua está espresado por un número mayor que la unidad seguida de veinte ceros. Pero, por pequeño que sea el volúmen de la molécula, en razon de la inextension absoluta de las mónadas ó átomos, es apta para dar sitio, en un caso

de concentracion misteriosa, á los innumerables átomos ó moléculas de un cuerpo cualquiera, ó aun á los átomos y á las moléculas, en número indefinidamente grande, del mundo entero.

Lo *continuo*, esencialmente estendido, no es imposible, ideal ó abstractivamente hablando, en el sentido que es absolutamente divisible en lo infinito ó en lo indefinido, y no compuesto de partes actualmente separadas en número infinito, lo cual sería absurdo. Pero lo continuo sólo es en realidad un sér de razon como la línea, la superficie, el volúmen geométrico, como el tiempo y el espacio, y me ha parecido siempre que Dios no puede crearlo. En efecto, si lo crease, Dios sería en lo continuo; pues bien, no puede ser en lo continuo sin ser Él mismo continuo y compuesto de partes distintas. Puede y debe decirse solamente que lo continuo está virtualmente en la simplicidad divina, como el tiempo en su eternidad, como el espacio en su inmensidad. Y porque lo continuo sólo sería, si era la esencia de la materia, una objecion insoluble contra el misterio de la presencia real, la ciencia debe necesariamente desistir. Si la materia se reduce, en último análisis, á puntos físicos, mónadas sin amplitud, nada impide que se pueda concebir que un cuerpo cualquiera, ó tambien el conjunto de todos los cuerpos, la materia toda del universo sea por un acto de la voluntad divina concentrada en un espacio tan pequeño como se quiera, ó aun en un punto indivisible, como es substancialmente, pero real y eminentemente en Dios. *In ipso sumus.*

3.º *Esencia ó substancia de un cuerpo organizado.*—Si se trata de un cuerpo organizado ó vivo, del cuerpo humano, por ejemplo, en esencia, su substancia, formada de moléculas y, en último análisis, de átomos, debe ser siempre definida, lo que es tal que cuando se la tiene ó se la ha concebido, se tiene ó se concibe el cuerpo organizado; que cuando sólo se tiene realmente ó por el pensamiento una parte, no se tiene el cuerpo organizado. ¿Qué es realmente esta substancia ó esta esencia del cuerpo humano?

¿Qué es su constitucion íntima, su volúmen ó su amplitud? ¡Dios sólo lo sabe! Tal vez, ya lo hemos dicho en otra parte, toda la realidad del cuerpo humano preexistia en el gérmen viviente que el alma ha venido á informar. Oponer, pues, el volúmen del cuerpo de Jesucristo á su presencia real en el lugar ocupado por una molécula de pan, es mentir á la ciencia verdadera ó adquirida, ó al menos es abusar de la ciencia y hacerle sacar argumento de lo que ignora.

4.º *Los diversos estados de un cuerpo.*—Los estados de un cuerpo cualquiera de la naturaleza son muy multiplicados. Casi todos los cuerpos pueden ser sucesivamente en el estado sólido, líquido ó gaseoso. El cuerpo organizado ó viviente, está, antes que todo, en el estado de gérmen ó embrion; se desarrolla en seguida bajo la accion ó la direccion del sér simple que lo informa y hace subsistir, por la asociacion de partes ó moléculas adventicias que se suceden y reemplazan constantemente, sin que el cuerpo pierda un instante su identidad, ó lo que constituye su substancia propia ó individual. Más tarde, sólo será un cadáver primero inanimado, despues en descomposicion, luego, en fin, ceniza ó polvo. Si se trata del cuerpo humano, la tradicion y la revelacion nos enseñan que no se limita en esto todavía su evolucion. Jesucristo nos ha prometido la resurreccion en el último día, y su propia resurreccion es la prenda asegurada de la nuestra. El cuerpo de Jesucristo resucitado, tipo de lo que serán los nuestros, está en alguna manera espiritualizado, pues que penetra á través de los cuerpos impenetrables el aire y la luz. Y sin embargo, cuando quiere, se halla con los accidentes de los cuerpos vivos. Jesucristo resucitado comia con sus apóstoles miel y pescado; enseñaba á santo Tomás las llagas de sus manos y de su costado, se las hacia tocar con el dedo y con la mano. San Pablo, directamente inspirado por Jesucristo, nos dice á su vez: «Nosotros resucitaremos todos... El cuerpo es sembrado en la corrupcion, resucitará en la incorruptibilidad; es sembrado en la abyeccion, resucita-

rá en la gloria: es sembrado en la debilidad, resucitará en la fuerza; es sembrado animal, resucitará espiritual.» Las propiedades inefables de este cuerpo espiritualizado serán: impenetrabilidad, sutileza, agilidad, claridad, etc.

Sentado esto, enseñanos la fe que el cuerpo de Jesucristo está presente en la santa Eucaristia real y substancialmente, mas probablemente bajo cada molécula del pan y del vino, no á la manera propia de los cuerpos, con sus volúmenes, sus pesos, sus accidentes ó propiedades naturales, sino incorporalmente, á la manera de los átomos ó moléculas que constituyen la substancia del cuerpo glorificado. Aunque condensados bajo el volúmen de una molécula del pan ó del vino, los átomos y las moléculas del cuerpo glorioso de Jesucristo permanecen distintos los unos de los otros, no sufren confusion alguna; constituyen su cuerpo verdadero con su sangre, su alma y su divinidad.

5.° *Los accidentes del cuerpo.*—Por lo mismo que la substancia del cuerpo consiste esencialmente en el agregado de sus átomos constituyentes, la estension no le es esencial, como no lo son tampoco sus propiedades físicas, químicas, organolépticas, etc. El mayor número de sabios admiten hoy que los efectos ejercidos por los cuerpos sobre nuestros sentidos, encuentran suficiente esplicacion en la hipótesis que hace de los átomos ó de las moléculas de los cuerpos, centros inextensos de fuerza ó de accion á distancia; ó aun en los movimientos de que estos átomos ó moléculas están primitivamente dotados ó accidentalmente animados. La estension resultaria de la distancia entre los centros de fuerza, inextensos y activos (al menos por el movimiento que es para ellos una segunda esencia). La impenetrabilidad tendria su razon de ser en la reaccion opuesta por los centros de fuerza á los átomos ó á las moléculas que tienden á aproximarse á ellas. Si, contrariando á las doctrinas científicas admitidas actualmente, los átomos y las moléculas de los cuerpos fuesen esencialmente estensos, ó formasen núcleos continuos, su densi-

dad seria necesariamente infinita, su impenetrabilidad absoluta, su condensabilidad nula; entonces, y entonces solamente el dogma de la presencia real levantaria objeciones mucho más graves, de suerte que la ciencia moderna está completamente en armonia con la fe.

6.° *Transubstanciacion.*—Es de fe que, en la Eucaristia, la substancia del pan y la del vino son cambiadas en la substancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, y que despues de la consagracion, sólo queda, de las especies ó substancias del pan y vino, los accidentes ó apariencias. Este dogma misterioso es claramente definido, por el cánon II, seccion XIII del concilio de Trento: «Si álguien dijere que en el santísimo sacramento de la Eucaristia, la substancia del pan y del vino permanece junto con el cuerpo y la sangre de Jesucristo Nuestro Señor, y negare esta admirable y singular conversion de toda la substancia del pan en el cuerpo, de toda la substancia del vino en la sangre de Jesucristo, permaneciendo únicamente las especies, accidentes ó apariencias del pan y del vino, cuya conversion llama la Iglesia con el nombre muy propio de transubstanciacion, sea anatema.» Solas las substancias del pan y vino se cambian en la substancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. Son, pues, solamente las substancias del cuerpo y de la sangre del Salvador, y no las dimensiones de este cuerpo y de esta sangre, no sus accidentes ó apariencias, las que están presentes bajo las apariencias ó accidentes del pan y vino. El cuerpo y la sangre de Jesucristo están allí en donde estaban las substancias del pan, esto es, bajo cada molécula del pan y del vino transubstanciada. Y aunque todos los átomos componentes del cuerpo de Jesucristo estén reunidos en un espacio casi indivisible, están en él sin confusion, perfectamente distintos y separados el uno del otro. Si toda comparacion no fuese defectuosa bajo ciertos aspectos, diriamos que están en él, como toda la superficie del sol, con sus accidentes, sus manchas, sus fáculas, sus gránulos, su calor, y su luz está

presente en el foco infinitamente pequeño de un lente de aumento; como un paisaje inmenso con todos sus accidentes y detalles es reproducido clara y distintamente en la imágen fotomicroscópica, en que su lente poderoso nos lo hace encontrar en toda su armonía. Y porque, dice santo Tomás, cuando diversas cosas están estrecha é indivisiblemente unidas, por todas partes en que se encuentran las unas deben encontrarse las otras, también el cuerpo, la sangre, el alma, la divinidad de Jesucristo viviendo en el cielo, se encuentran al mismo tiempo y por concomitancia bajo cada molécula del pan ó del vino transubstanciada.

Bossuet dice en términos magníficos: «Jesucristo en la Eucaristía está tan idéntico al cuerpo humano por su substancia y tan diferente por sus cualidades, que se puede decir que es en ella uno y que no lo es, bajo diversos aspectos; en un sentido y considerando sólo de Él la substancia, es el mismo cuerpo de Jesucristo nacido de María; pero que en otro sentido, y mirando únicamente las maneras, es otro que se hace Él mismo por su palabra.»

No podría negarse que el dogma de la unidad de materia de todos los cuerpos del universo, de la identidad intrínseca de los átomos ó últimos elementos inextensos, en los cuales se descomponen, es un paso inmenso hácia el misterio de la transubstanciación.

7.º *La multilocación.*—No hay evidentemente más contradicción en afirmar que el cuerpo de Jesucristo está simultáneamente presente en el cielo y en todas las hostias consagradas, que en afirmar que Jesucristo está todo entero bajo cada una de las moléculas de una hostia consagrada. El lugar es un sér de razón que sólo tiene realidad virtual en la inmensidad divina, y realidad actual en el cuerpo que lo ocupa. ¿Por qué Dios que está presente en todos los lugares no podría crear en el lugar A el sér que ya ha creado ó que creará en el lugar B? ¿Por qué no hará participar su sér á la vez, de la misma manera, en el mismo grado, en muchos lugares A y B? El lugar A no cesaría de

ser distinto del lugar distante B, aun cuando estos dos lugares fuesen constituidos por la presencia de un mismo cuerpo, que los ocuparía á todos dos. Hemos ya establecido que el Sér infinitamente perfecto debe poseer todas las perfecciones perfeccionantes de los séres reales, ó aun morales, como la autoridad. Pues bien; es de la esencia de la autoridad hacerse participar donde ella quiere, crear por todas partes y donde le place gobernadores, alcaldes, jueces, etc., multilocarse, en una palabra: luego Dios, con mucha más razón, debe tener el poder de la multilocación de sus criaturas.

La transubstanciación es una especie de creación, y la tradición toda entera compara las palabras de la consagración al *fiat lux* creador; nada, pues, impide que operen la multilocación, como lo haría la creación, si Dios quisiese.

Los anales de la Iglesia nos ofrecen hechos de multilocación. San Francisco Javier defiende del naufragio, del hambre y de la sed, á la vez, los equipajes de dos navíos muy distantes el uno del otro. En tiempos muy cercanos á los nuestros, casi contemporáneos, san Alfonso de Liguorio estuvo presente á un mismo momento en un sillón de su palacio episcopal y á la cabecera del lecho del papa Clemente XIV, al que asistió en su agonía.

Concluamos: lejos de contradecir á la razón, el misterio de la divina Eucaristía completa al contrario la razón, revelándonos numerosas propiedades de la materia y de los cuerpos, ya sean naturales, ya sean sobrenaturales, y que pueden ser milagrosamente comunicadas.

Y, pues que invocamos aquí el milagro, añadamos que la historia eclesiástica está llena de milagros, atestiguan-do la presencia real de Jesucristo bajo las santas especies: los ciborios ó ostensorios suspendidos en el aire, el divino Infante Jesús mostrándose visible en el centro de la hostia, las hostias permaneciendo incorruptibles ó que el fuego respeta, las gotas de sangre que corren de una hostia partida de una cuchillada, etc., etc. Una especie de

milagro todavía en favor de la presencia real, es que los más impíos, requeridos á que en prueba de su incredulidad pisoteen la santa hostia, ó derramen la sangre del cáliz, rehusan hacerlo obstinadamente. Creen á pesar suyo, y la majestad de Dios oculto bajo las apariencias eucarísticas les hace temblar.

En realidad, la Eucaristía es en sí misma un milagro extraordinario, continuación ó renovación de la Encarnación y de la Redención, lo sobrenatural en su supremo poder, el resumen, en una palabra, de todos los misterios y de todos los milagros; domina todo el cristianismo, es el sol de la Revelación.

Monseñor Landriot, en su bello libro, *la Eucaristía*, página 202, dice admirablemente: «¿Cuánto me gusta ver al Verbo de Dios, dominando sobre toda la creación, bañando todos los seres, como un fluido generador y todo poderoso, teniendo la facultad, no solamente de crear, sino de modificar, de cambiar, de transformar, de multilocar todas las substancias, todos los seres que tiene en su mano, como un físico todopoderoso que tuviera un derecho ilimitado de vida, muerte y permutación sobre todos los elementos sometidos á su acción soberana! Y cuando vosotros me hacéis pequeñas objeciones de una menguada razón, me parece ver á un niño que planta sobre la playa yo no sé qué castillo de naipes á manera de dique, y que manda á la mar que no lo salve, cuando viene imponente, majestuosa, en toda la plenitud de su fuerza, elevada como una montaña flotante, y caminando como un ejército que no sabe retroceder.

*Capítulo trigésimo segundo.—Armonía de la libertad con el concurso divino, natural y sobrenatural, la presciencia divina, la gracia y la predestinación.*—Ser libre es querer una cosa con el poder de no quererla... la facultad de escoger entre esto y aquello, y de determinarse por esto ó aquello, después de una deliberación... Ved por qué lo llamamos libre arbitrio: su recto sentido es la elección. Que

el hombre delibera, escoge, se determina, es dueño de sus acciones, es lo que la Revelación nos enseña de una manera precisa. Aun después de la caída, Dios decía á Caín: «Tus inclinaciones te serán sumisas, y tu podrás siempre dominarlas.» (Genes. IV, 7). Al acabar de intimar al pueblo hebreo la voluntad de Dios, Moisés decía: «La ley que os impongo, no es sobre vosotros, ni lejos de vosotros. Está cerca de vosotros, en vuestra boca y en vuestro corazón, á fin de que la cumpláis... Llamo hoy por testigos al cielo y la tierra, que os he propuesto el bien y el mal, las bendiciones ó las maldiciones, la vida ó la muerte... Escoged, pues, la vida» (Deuter. XXX). El autor del *Eclesiástico* dice á su vez (XVIII, 14): «Desde el principio creó Dios al hombre y le puso su suerte en las manos. El hombre tiene ante sí el bien ó el mal, la vida ó la muerte; lo que escogerá, le será dado.» Todas las páginas de las santas Escrituras, del Antiguo y Nuevo Testamento, proclaman resueltamente que el hombre es libre. Vemos sin cesar á Dios quejarse de sus abandonos y rebeldías, reprenderles las resistencias á su voluntad, dirigirles tiernos llamamientos, hacerles proposiciones de vida ó muerte, amenazas de castigo ó promesas de recompensa, etc., etc. ¿Por qué todo esto, si no tuviéramos la elección, la libertad de nuestras acciones?

La tradición y los Concilios han enseñado constantemente que la voluntad permanece libre, perfectamente libre, frente á frente de la presciencia divina ó de la predestinación, bajo la influencia de la acción divina sin la cual no habría en ella acción humana, bajo la influencia de la acción sobrenatural de la gracia, etc. «Sea anatema aquel que dijere que el libre arbitrio del hombre ha sido perdido y extinguido desde el pecado de Adán, y que sólo es un vano nombre, una ficción introducida en la Iglesia por Satanás.» (*Concilio de Trento*, ses. IV, cánón V). «Sea anatema aquel que dijere que el libre arbitrio del hombre, movido y excitado por Dios no coopera en nada, consintiendo á la gracia que lo excita y llama, que no pue-



de rehusar su consentimiento si quiere, sino que, como un sér inanimado, no hace absolutamente nada y es absolutamente pasivo.» (Cánon XX). «Anatema á aquel que dijere que no está en el poder del hombre seguir sus malos caminos, sino que Dios obra el mal como el bien, no solamente permitiéndolo, sino propiamente y por Él mismo, de tal suerte que la traicion de Judas sea tanto su obra como la vocacion de Pablo.» (Cánon VI.)

El testimonio de la razon es forzosamente conforme al de la Escritura, de la tradicion y de los Concilios; porque no se trata aquí de una de estas verdades inaccesibles, en las cuales debemos contentarnos con la palabra de Dios. Consultad vuestra naturaleza, invocad vuestra experiencia; de las dos partes recibiréis idéntica respuesta: nosotros somos libres. Si no lo fuésemos, pensaríamos todos de la misma manera y en las mismas circunstancias, y por una consecuencia inevitable, obraríamos todos de la misma manera. Pues bien, nada de esto hay. El libre arbitrio se ve en el estudio de nuestras facultades y se sienta en todas nuestras acciones. Siéntese además despues de la accion, cuando nuestra alma está vanidosa y satisfecha del bien que ha hecho, confusa ó temblorosa del mal de que no ha sabido preservarse.

El lugar que ocupa la libertad humana en las creencias, en las preocupaciones, en el lenguaje, en el respeto del género humano todo entero, hasta para hacérnosla venerable y sagrada. Suprimid el libre arbitrio y todo se hará inexplorable, ridículo, odioso, en la vida teórica y práctica de los pueblos. Tratad de explicar sin él la historia y los monumentos, los elogios entusiastas, las indignas deshonras, escritas ó grabadas... No podréis... Querer lo que se podía no querer, no querer lo que se podía querer, la virtud y la gloria, el crimen y la degradacion... todo está allí... Si el hombre obedece á la fatalidad, nada más odioso que la pompa hipócrita de que se le rodea para imputarle su crimen ó su virtud, para recompensarle ó castigarle.

Hemos visto, en el tomo II, lo que la falsa ciencia opone á esta doctrina del buen sentido, del sentido comun y de la fe. Una duda en teoria, pero la tolerancia en la práctica; una negacion brutal, la afirmacion insensata de la necesidad absoluta de los actos humanos, un determinismo ciego de las inteligencias individuales y nacionales...

La libertad humana en todas las condiciones de la vida, frente á la presciencia divina, bajo la accion y el gobierno soberano de Dios, bajo la influencia todopoderosa de la gracia, bajo el peso del dogma abruñador de la predestinacion, es, pues, un dato cierto, lo conocimo en su más alto poder, que no se puede negar sin locura y sin crimen. Lo desconocimo al contrario y el misterio son el colmo de la armonia del libre arbitrio con la presciencia divina, con el gobierno divino, la gracia y la predestinacion, etc., que son á su vez verdades ciertamente conocidas. Y la razon nos obliga á deducir, de la coexistencia de estos dos órdenes de verdades ciertas, su armonia plena y entera, aun cuando esta armonia ó el cómo de esta armonia permaneciesen inaccesibles á nuestra inteligencia. «La primera regla de nuestra lógica, dice Bossuet, es que no se tienen que abandonar jamás las verdades, una vez se han conocido, por dificultades que sobrevengan para conciliarlas, sino que al contrario hay que mantener siempre fuertemente los dos extremos de la cadena, aunque no se vea siempre el medio por donde el encadenamiento se continúa... (*Tratado del libre arbitrio*, capítulo IV). ¡Qué admirable lenguaje! jamás hemos cesado de hacernos su eco. Tenemos en una mano los dogmas de la soberanía divina, de la presciencia divina, de la necesidad y de la eficacia de la gracia; en la otra el dogma del libre arbitrio. Es posible que el nudo invisible que une las dos cosas sea mal hecho por las opiniones, pero estad convencidos que Dios ha hecho y ha hecho bien el lazo...

Basta probar que la razon iluminada por la fe arroja bastante luz sobre estas cuestiones misteriosas para hacer desvanecer hasta la sombra de la contradiccion.

1.º *El libre arbitrio y el gobierno ó concurso divino.*—Se tiene que admitir necesariamente que Dios que nos ha dado el ser en que somos, nos movemos, vivimos, no puede permanecer inactivo en las determinaciones libres de nuestra voluntad. Sería irracional atribuirles lo que vale menos, esto es, el ser, quitándole lo que vale más, esto es, el bienestar y el bien vivir, dice Bossuet. Su soberanía se ejerce, pues, sobre nuestras decisiones al mismo tiempo que las dirige ó provoca por su ley. También la Escritura no vacila en decir que Dios obra en nosotros el querer y el ejecutar (Filip., II, 13). Es inútil decir que esta operación de Dios sobre un sér libre no es la misma que sobre un sér puramente pasivo; que es proporcionada á nuestra naturaleza y deja intacta nuestra libertad. ¿Cómo? Algunos pretenden que Dios se contenta con su concurso general, concurso aplicado simultáneamente á todos los séres. Obrando, cada uno lo particulariza y determina según su naturaleza, de tal suerte que el acto producido es el acto de Dios al mismo tiempo que el acto del hombre. Este concurso sería como el del vapor que saliendo del generador va á animar los motores de todo género; ó como la irradiación solar que comunica á todos los séres las condiciones de su existencia. Como todo agente, la libertad toma su parte del concurso divino, se lo apropia, lo determina. Este concurso se reduciría por ella á esto, que Dios quiere de toda eternidad cumplir con ella el acto que ella misma quisiera producir á su gusto. Ved que no es difícil concebirlo. En este sistema el concurso divino nada tiene que esté en contradicción con la libertad; pero parece que suprime demasiado la soberanía absoluta de Dios y no debe irse tan lejos. ¿No somos todos los días testigos del hecho que la palabra humana, por la persuasión que ejerce, tiene una influencia directa sobre nuestras determinaciones, dejándolas completamente libres? Hace decir á millares de almas no solamente creo, sino quiero y quiero libremente... Pues bien, si el hombre tiene el poder de persuadir, inundándonos súbitamente con una viva luz, im-

primiéndonos sentimientos invencibles de alegría, tristeza, temor, amor; ejerciendo sobre nosotros una atracción victoriosa, que hace exclamar al alma: *Rabboni*, Maestro;... ¿cómo rehusaremos este poder á Dios?

Analizando la persuasión llegada á su último término, se descubre en ella dos actos distintos: el acto de una fuerza que provoca una determinación de la libertad y el acto de la libertad que se determina... Soy yo quien cedo á la persuasión, soy yo quien hago su eficacia... De donde se saca que Dios, si su soberanía se reduce á persuadir, no sería tan amo como puede y debe ser. Una grande escuela, la Escuela tomista, celosa hasta el exceso de las prerrogativas divinas, quiere que la soberanía absoluta de Dios consista en que sea causa primera de todas las cosas; que la determinación eficaz de tal ó cual acción sólo pueda tener lugar por su virtud... Esta virtud la hacen consistir los unos en el decreto eterno é infalible por el cual Dios quiere y predetermina cada uno de nuestros actos, los otros en una especie de toque misterioso que dá el movimiento á nuestra actividad y la hace eficaz.

No hay que maravillarse de esta acción directa, porque Dios hace en nosotros el acto y su modo; hace que nosotros obremos, y que obremos libremente; hace que tomemos una determinación, y que esta determinación sea determinación propia. Y, añade santo Tomás, este concurso directo no hace en ninguna manera pesar sobre Dios la responsabilidad de nuestras malas acciones; porque no es á Dios, causa primera é indefectible de mis actos, sino á mi libre arbitrio rebelde al que es preciso atribuir mi pecado. Dios sólo es responsable de lo que hay de bien en el acto material del pecado; yo tengo toda la responsabilidad del mal moral.

En realidad, de estas tres opiniones tan diferentes sobre el concurso divino, las dos primeras, sobre todo, salvan suficientemente el honor de Dios y el honor de la libertad: el honor de Dios, que permanece dueño absoluto de todas las cosas, que nos tiene en su completa dependen-

cia, de quien tenemos que recibirlo todo, sin que tenga nada que recibir de nosotros; el honor de nuestra libertad, porque permanecemos aomos de nuestras deliberaciones, de nuestras elecciones, de nuestras decisiones; porque la voluntad movida por Dios permanece siendo una fuerza activa, que coopera eficazmente, y no un instrumento inanimado puramente pasivo.

2.<sup>o</sup> *La libertad y la presciencia divina.*—Es del todo cierto que en Dios y para Dios no hay ninguna sucesion, ni pasado ni porvenir, sino un presente eterno; que vé, comprende y quiere todo lo que ha sido, es ó será, por un sólo acto; que no hay en Él presciencia, sino solamente CREN- CIA, como decia san Agustin: *Res non sunt in eo (Deo) futuro, sed presentes, ac per hoc non jam prescientia, sed tantum scientia dici potest.* En estas condiciones evidentemente, la lucha entre la presciencia y la libertad no existe.... El hombre no obra porque Dios le vé obrar; sino que Dios vé al hombre obrando libremente, porque obra en efecto libremente. Dios no hace las cosas viéndolas, sino que las vé hechas. Quieren, lo que es imposible que haya para Dios, duracion sucesiva, presente, pasado, venidero y por lo tanto presciencia; esta presciencia, aunque eterna, no será un obstáculo para la libertad porque es evidentemente no el principio, sino la consecuencia de nuestras acciones. No porque nuestras acciones han sido previstas como futuras, las haremos; al contrario, porque debemos hacerlas, Dios las ha previsto como futuras. Dios nada influye en una cosa, previendo que se verificará, como no influiría viéndola hacer. Yo veo á un navio caminar á ve- las estendidas hácia un escollo en que vá á estrellarse; no porque yo haya previsto ó visto que iba á perderse; se ha perdido; lo he visto perdido porque iba á perderse. La presciencia divina, aunque infalible é infinitamente más perfecta que la del hombre, no influye más sobre nuestra determinacion que el acto por el cual se ve correr infaliblemente al navio sobre las rocas. La prevision no es más que la vision, no cambia la naturaleza de nuestros actos.

Es muy verdad que todo lo que Dios ha previsto acontecerá, pero acontecerá de la manera que Dios lo ha previsto. Lo que ha previsto como debiendo acontecer necesariamente, acontecerá necesariamente; y lo que ha previsto como debiendo acontecer libremente, acontecerá libremente.

*La libertad y la gracia.*—La doctrina católica sobre la gracia se resume en las proposiciones siguientes, que son verdades de fe. Dios quiere, con una voluntad antecedente, sería, sincera y activa, la salvacion de todos los hombres. Los hombres que Dios quiere salvar, no los abandona á ellos mismos, porque el fin al cual los llama es propia y absolutamente sobrenatural. El medio, proporcionado á este fin, la gracia bajo sus diversas formas, no pertenece al órden de la naturaleza.

La gracia á la cual el hombre coopera, es llamada *gracia eficaz*, porque obtiene su efecto; pero el libre arbitrio, bajo su accion, no es un instrumento puramente pasivo. Obra por su accion propia, y si no resiste de hecho, conserva el poder real de resistir; las obras de salvacion son, por consiguiente, imputables á la libertad, y Él que nos ha creado sin nosotros no nos salvará sin nosotros...

A más de la gracia eficaz hay una *gracia verdaderamente suficiente* que dá al hombre, relativamente á las circunstancias presentes, un poder completo apropiado á los actos buenos que debe verificar, de suerte que en realidad esta gracia sólo es hecha ineficaz por la resistencia de nuestra voluntad.

En realidad, el problema que se tiene que resolver en el órden teológico, la armonía del concurso sobrenatural de la gracia con la libertad, es al mismo tiempo el problema que se tiene que resolver en el órden filosófico, la armonía del concurso divino con la determinacion humana... El hombre no cesa de ser libre aun cuando haya sido influido de fuera, persuadido, atraido, arrastrado. No cesa además de ser libre, porque aceptó la influencia de la gracia, luz y fuerza venidas de fuera.

¿No sería desconocer los datos de la psicología pensar que la libertad, para ser perfecta, tiene necesidad de ser sustraída á toda influencia, y que será tanto más libre cuanto menos influida sea? Lejos de nosotros el que la idea de libertad y la idea de una influencia exterior que la determina, se rechacen, se excluyan, se impliquen; al contrario, porque la libertad, si no fuere determinada por motivos de obrar, sólo obraría como una palanca sin brazos, sin punto de apoyo y sin peso.

Y que no se diga que la acción de la gracia, que es la acción de Dios, es infinita y necesariamente eficaz. En efecto, como lo hacen notar san Agustín y santo Tomás, la acción de Dios se humaniza, se proporciona á nuestra debilidad. Dios la modera de tal modo, que triunfa de la libertad con la cooperación de la misma libertad. No solamente la gracia no perjudica á la libertad, sino que hace al alma libre, librándola de la servidumbre. Por efecto de la caída original, la libertad, como todas las otras facultades, está languideciente y enferma; el equilibrio entre el bien y el mal no existe. Sin el socorro de la gracia, la libertad del mal existe sola; la libertad del bien no puede existir hasta que el socorro de la gracia nos libre de la tiranía del error, del vicio y de los demonios, por los cuales el hombre es un cautivo haciendo todos sus mandatos. Ved en esto el secreto de estas palabras de san Juan, VIII, 36: «No seréis verdaderamente libres hasta que el Hijo del hombre os haya libertado.»

No solamente la gracia no perjudica á la libertad, sino que la perfecciona. La libertad, en efecto, es el poder de adherirse á lo verdadero, á lo bueno, á lo bello, despues de deliberacion y por eleccion. Su ejercicio supone el ejercicio de la inteligencia, de la voluntad ó del amor, de la imaginacion, etc.; supone por esto mismo la influencia de una luz que ilumina, de una fuerza que atrae ó impele, de una belleza que seduce: pues bien, la gracia es la luz, la fuerza, el atractivo en su más alto grado.

En último análisis, segun la teoría de san Agustín, el

doctor por excelencia de la gracia, la acción de la gracia se reduce á la atracción ejercida por una especie de delectación, *trahit sua quemque voluptas*. Somos como el carnero que corre libremente hácia la piedra de sal que le mostrais, ó como el niño que permanece libre corriendo á buscar las nueces que tenéis en vuestra mano. La delectación es el gran secreto de la acción divina en nuestras almas, y el nudo gordiano del misterio de la libertad y de la gracia.

Un filósofo cristiano, M. Enrique Martín, ha dicho muy bien: «La verdadera noción de la libertad moral no contradice al principio de la razón suficiente comprendido como debe serlo. En efecto, del mismo modo que la razón suficiente de las determinaciones eternas y libres de la voluntad de Dios se encuentra en la conveniencia de su bondad con la bondad divina; así también, la razón suficiente de las determinaciones libres de los seres inclinados al mal y sujetos al error se encuentra en algun objeto apetecido por ellos, en atención á la disposición moral en que les place colocarse libremente. Lo mismo pasa con la razón suficiente en filosofía que con la gracia suficiente en teología; ella basta para hacer posible el acto, pero no para hacer la acción necesaria.» (*Vida futura*, segunda edición, pág. 368.) En una palabra, la acción del concurso natural como la del concurso sobrenatural de la gracia, se resume en los efectos de iluminación, de atracción, de delectación, las cuales no implican en nada la necesidad.

*La libertad y la predestinación.*—Ante toda determinación de los sucesos y circunstancias, Dios quiere la salvación de todos los hombres. Su bondad los llama por comun abrazo á la beatitud eterna, y les prepara los medios para alcanzarla. La gracia no les falta, es el libre arbitrio el que hace falta á la gracia. Dios se ha ocupado de una manera especial de sus elegidos; los ha predestinado, les ha preparado antes de la creación del mundo el reino que deben poseer con él, libre y gratuitamente, Dios no quiere la gloria sin los méritos, y sólo quiere los méritos para

la gloria. En una obra inmensa como la suya, Dios es libre de manifestar todas sus perfecciones, su justicia lo mismo que su misericordia. Donde todo es gratuito, el bienhechor puede, sin injusticia, dar á su gusto más ó menos, con tal que no prive á nadie de lo que es debido. Nada impide admitir en Dios una fuerza *supercomprensiva*, por medio de la cual explota en alguna suerte nuestra libertad, y conoce infaliblemente las determinaciones que tomará, si está colocada en tal medio, y si recibe de lo alto tal socorro. Esta ciencia condicional precede racionalmente al libre decreto de la predestinación divina. Dios vé de este modo en su presciencia infinita á los que deben usar bien de su gracia, despues los predelina á la gloria. La gracia no se merece, es gratuita; pero la gloria se merece por la gracia, y Dios tiene cuenta de este mérito en el órden de la predestinación. Los que ha conocido por su presciencia, los ha predestinado á ser conformes á la imágen de su Hijo. «Los que ha predestinado, dice san Pablo (*Epist. á los Roman.*, XXIX, 30), los ha llamado; á los que ha llamado los ha justificado; á los que ha justificado los ha glorificado.» Presciencia, vocación, justificación, glorificación; ved, pues, el órden del decreto eterno; en estas condiciones, evidentemente, el dogma de la predestinación nada tiene que no sea muy conforme á la razón.

En resumen: Queriendo Dios de una voluntad general, antecedente y sincera, la salvación de todos los hombres, tiene dispuestos los socorros que debe concederles. Su ciencia infinita penetrando la naturaleza entera, los tiempos, los lugares, las circunstancias, vé á los que correspondiendo fielmente á su gracia merecerán la gloria; y Él decreta darles la gracia y la gloria. Pero la gracia que concede no es una moción directa y física por la cual es dominada el alma hasta el punto que sus actos sean determinados por ella, es un socorro que prevalece, un concurso que acompaña, dejando á la libertad el pleno poder de deliberar, de tomar su decisión, de determinarse ella

misma á obrar... Presciencia, elección, vocación, justificación, glorificación, convenimos que es una obra gratuita de la misericordia divina... Añadimos que un gran bien es que Dios obre en nosotros el querer y el completar, porque, dirigida por su CIENCIA MEDIA, su omnipotencia ha dispuesto todas las cosas para que queramos y obremos libremente.

Y no se diga que el dogma de la predestinación agota en el alma humana toda actividad fecunda, bajo el pretesto de que el hombre que cree en la predestinación podrá decirse á sí mismo: Ó soy predestinado ó no lo soy. Si soy predestinado, por más que haga será salvado. Si no lo soy, por más que haga será condenado. Este sería como el insensato que dijere: Ó Dios ha decidido que muera hoy, ó que muera dentro veinte años. Si ha decidido lo segundo, por más que haga vivirá hasta entonces. Puedo, pues, no tomar nada, vivir del aire y del tiempo, arrojar-me al agua, al fuego, por la ventana... La prevision de mi salvación, como la prevision de mi vida ó de mi muerte, presupone necesariamente que tomaré ante todos los medios necesarios y suficientes para asegurar lo uno y lo otro.

*El determinismo.*—Hemos dicho ya algunas palabras, de la pretendida teoría mecánica del universo, formulada en esta famosa frase de Laplace: «Una inteligencia que, por un instante dado, conociese todas las fuerzas de que está animada la naturaleza, y las situaciones respectivas de los seres (es decir de los átomos simples que componen el mundo y los mundos), abrazaría en un mismo conjunto de ecuaciones diferenciales los movimientos de los mayores cuerpos del universo, así como el del más ligero átomo. Nada sería desconocido para ella, y lo porvenir como lo presente, sería siempre visible á sus ojos. Se ha dado á esta teoría el nombre de DETERMINISMO, y en efecto, si fuese verdadera, todo á cada instante sería determinado en la naturaleza, y la libertad sólo sería una palabra. Hemos demostrado con M. Felipe Breton, que esta doctrina implicaba el fenómeno extremo de la reversion, y con-

ducia al más extravagante absurdo, aun suponiendo que sólo se la estendiese al mundo material, al mundo físico, inorgánico ú orgánico. Y está en nuestro derecho añadir que estender esta teoría á los séres inteligentes y libres, que querer comprender en las famosas ecuaciones diferenciales de la dinámica general los actos de los séres dotados de la voluntad sería el colmo del desatino... ¿Cómo, en efecto, poner en ecuacion la pisada bajo la cual hago desaparecer de la fauna universal muchos centenares de hormigas, ó millones de séres microscópicos?

Hay, sin embargo, géometras cristianos, citaré de ellos dos muy célebres, M. de Saint-Venant, de la Academia de ciencias, y M. Boussinesq, profesor de matemáticas en la universidad de Lilla, á quienes el determinismo, comprendido entre ciertos límites, no repugna, y que hacen, suficientemente aun, armonizar las leyes de la mecánica con la libertad del hombre, en su accion sobre la materia. Púedese ver en los *Mundos*, cuaderno del 22 de marzo de 1877: 1.º como ninguna de las tres leyes generales de la mecánica: la conservacion de la cantidad de movimiento, la conservacion de las áreas, la conservacion de la energia, tanto potencial como actual ó cinética, no se encuentra violada por un acto humano supuesto libre; 2.º como tambien, por la consideracion de las soluciones singulares de las ecuaciones diferenciales, soluciones que se añaden á las soluciones particulares que dan los integrales generales, las leyes fundamentales del movimiento armonizan aun con las leyes particulares de intensidad que parecen ligar las aceleraciones de las moléculas con sus posiciones relativas de cada instante; 3.º como, en una palabra, por la introduccion de un principio director, pudiendo arbitrariamente, y por su propia eleccion, prolongar las paradas de movimiento, se determina su continuacion sin trabajo físico; lo que basta para realizar la armonia de las leyes físicas con la libertad de las acciones de los espiritus. Pero es condescender demasiado á las exigencias de una ciencia imposible.

*Capítulo trigésimo tercio.—Los Espiritus.*—Un misterio todavía ó un enigma son los espiritus buenos y malos, los ángeles y los demonios; su existencia, su accion física, moral; sus relaciones con el hombre, etc. Todo hombre sensato que ve en el mundo otra cosa que la materia, ¿podria poner en duda la existencia de los espiritus puros? Son posibles. Los concebimos. Nuestra misma alma es un espíritu. ¿Por qué pues, no existirán? Si existen, han sido necesariamente creados libres, porque la libertad es de la esencia de los espiritus, como la inercia es de la esencia de la materia. Si han sido creados libres y colocados en un estado de transicion ó de prueba, los unos han podido hacer buen uso de su libertad, y ser de este modo confirmados en el bien, estos son los ángeles buenos, los ángeles; los otros han podido abusar de su libertad y ser confirmados en el mal, estos son los ángeles malos ó demonios.

En el Antiguo y Nuevo Testamento trátase por todas partes de ángeles ó demonios; Jesucristo ha estado sin cesar en contacto con los unos y los otros. Nos ha repetido varias veces las virtudes y los beneficios de los ángeles; él mismo se ha dignado contarnos la caída y el castigo de los demonios; nos pone á menudo en guardia contra su malicia.

La tradicion humana toda entera, así como la tradicion revelada y divina, afirma la existencia de los espiritus buenos y malos.

Esta existencia, en fin, es un dogma de la Iglesia católica, apostólica, romana. Tiénese que creer con una fe firme, dice el cuarto concilio de Letran, que en el principio de los tiempos, Dios sacó de la nada una y otra criatura, espiritual y corporal, angélica y mundana.

*Los ángeles buenos.*—Ved, pues, en resumen lo que la Revelacion nos enseña de estos, y lo que es completamente racional creer. Estas nobles inteligencias rodeaban la majestad de Dios cuando señalaba á la Tierra su lugar en